

STEFAN ZWEIG

FREUD

Esbozo del alma

TRADUCCIÓN

Susana Figueroa

s e r i e c e r o

Índice

CAPÍTULO 1	
La situación después del siglo	9
CAPÍTULO 2	
Rasgos del carácter	27
CAPÍTULO 3	
El punto de partida	39
CAPÍTULO 4	
El mundo inconsciente	51
CAPÍTULO 5	
Interpretación de los sueños	59
CAPÍTULO 6	
La técnica del psicoanálisis	77
CAPÍTULO 7	
El mundo del sexo	93
CAPÍTULO 8	
Mirada crepuscular a lo lejos	113
CAPÍTULO 9	
El alcance en el tiempo	129

Cuanto más se oculta el juego secreto de los
deseos bajo la luz mortecina de los afectos
comunes, tanto más relevante, formidable y
colosal se manifiesta en estado de pasión violenta.
El más sutil estudioso del alma humana, que sabe
hasta qué punto se puede contar con la mecánica
habitual de la libertad y hasta dónde es lícito
extraer conclusión por analogía, transferirá
muchas experiencias de este campo a su
doctrina y las utilizará para la vida moral...
Cuántas sorpresas habría si surgiera para este
campo, como para los demás reinos de la
naturaleza, un Linneo que lo clasificara según
los instintos y las inclinaciones...

Schiller

CAPÍTULO 1

LA SITUACIÓN DESPUÉS DEL SIGLO

¿Cuánta verdad *soporta*, a cuánta verdad *se atreve* un espíritu? Esto se ha convertido para mí, cada vez más, en la verdadera medida de los valores. El error (la fe en el ideal) no es ceguera, el error es *cobardía*... Cada conquista, cada paso hacia adelante en el conocimiento surge de la valentía, de ser exigente con uno mismo, de la limpieza de uno mismo.

Nietzsche

La medida más segura de toda fuerza es la resistencia que puede superar. Así, la acción revolucionaria y reconstructiva de Sigmund Freud solo se comprende plenamente oponiéndola a la disposición anímica que existía con anterioridad a la guerra y su forma de ver —o, mejor dicho, de no ver— los instintos humanos. Hoy, las ideas de Freud —hace veinte años aún blasfemias y herejías— circulan en el lenguaje y en la sangre de la época; las fórmulas concebidas por él nos parecen tan naturales que es necesario un esfuerzo mayor para desecharlas que para adoptarlas. Precisamente porque nuestro siglo XX no puede concebir por qué el XIX se defendía

con tanta exasperación contra el descubrimiento, tanto tiempo esperado, de las fuerzas instintivas del alma, es necesario examinar retrospectivamente la actitud de las generaciones de entonces y sacar de su féretro, una vez más, a la momia ridícula de la moral de la guerra.

Con el desprecio de esta moral —nuestra juventud ha sufrido tanto a causa de ella que no podemos sino odiarla ardientemente— no se dice nada contra la moral como tal ni contra su necesidad. Toda comunidad humana, unida por el espíritu religioso o nacional, se ve obligada en interés de su conservación a refrenar las tendencias agresivas, sexuales, anárquicas del individuo, y a contenerlas detrás de las barreras llamadas moral y ley. No es necesario decir que cada uno de estos grupos crea formas particulares de moral. Desde la horda primitiva hasta el siglo de la electricidad, cada comunidad se ha esforzado en dominar los instintos primigenios a través de diferentes medios. Las civilizaciones duras ejercían violencia dura; las épocas lacedemonia, judaica, calvinista o puritana trataron de extirpar la pánica voluntad de placer de la humanidad quemándola con hierro incandescente. Pero, crueles en sus mandamientos y prohibiciones, aquellas épocas draconianas al menos servían a la lógica de una idea. Toda idea, toda creencia santifica en cierto grado la violencia que utiliza. Si los espartanos llevaron la disciplina hasta la inhumanidad, fue con el objeto de depurar la raza, de crear una generación viril, apta para la guerra; para su ideal de polis, de comunidad, la sensualidad descontrolada debía ser considerada

un robo de energía al Estado. El cristianismo combate la inclinación carnal en nombre de la salvación del alma, de la espiritualización de una naturaleza siempre extraviada. Justamente porque la Iglesia, la más sabia psicóloga, conoce la pasión de la carne en el hombre eternamente adánico, le opone brutalmente la pasión del espíritu como ideal: en la hoguera y en las mazmorras destruye el orgullo de la voluntad para ayudar al alma a regresar a una patria superior —una lógica cruel, pero lógica al fin y al cabo—. Aquí y en todas partes, el uso de la ley moral tiene su origen en una consolidada concepción del mundo. La moral aparece como la forma sensible de una idea suprasensible.

¿Pero en nombre de quién, al servicio de qué idea el siglo XIX, desde hace tiempo falsamente piadoso, exige todavía un código moral? Groseramente material, hedónico, ansioso de dinero, sin la sombra de las grandes y rígidas creencias de las antiguas épocas religiosas, defensor de la democracia y de los derechos humanos, no tiene legitimidad para tratar seriamente de negar a sus ciudadanos el derecho al libre goce. Una vez que la tolerancia se ha izado como bandera sobre el edificio de la civilización, pierde el derecho señorial de inmiscuirse en la moralidad del individuo. En efecto, el Estado moderno ya no se esfuerza en absoluto, como en otro tiempo la Iglesia, por imponer una moral interior a sus súbditos: el código de la sociedad solo les exige el mantenimiento de convenciones exteriores. No le pide al individuo, por tanto, que sea moral, sino solo que lo parezca, que se comporte, que actúe frente a todos *como si*.

Hasta qué punto la manera de obrar de un individuo sigue siendo un asunto privado: simplemente no se le debe pillar infringiendo las normas de la decencia. Pueden estar sucediendo muchas cosas, pero ¡es mejor no hablar de ello! Para ser rigurosamente exactos, debe decirse que la moral del siglo XIX ni siquiera aborda el problema real. Lo evita, y toda su actividad se reduce a pasar a otra cosa. Únicamente por la suposición irracional y absurda de que si se oculta algo deja de existir, a lo largo de tres o cuatro generaciones la moral de la civilización se ha enfrentado —más bien se ha sustraído— a los problemas sexuales y morales. Esta broma cruel ilustra con toda claridad la situación real: en esencia, el siglo XIX no se ha regido por Kant, sino por el «cant» [palabrería, hipocresía].

¿Cómo una época tan razonable y lúcida ha podido extraviarse hasta ese punto y adherirse a una psicología tan insostenible y tan falsa? ¿Cómo el siglo de los grandes descubrimientos y de las conquistas técnicas ha podido rebajar su moral a un truco tan evidente de prestidigitación? La respuesta es sencilla: precisamente por su orgullo, por la arrogancia de su cultura, por el exaltado optimismo de su civilización. Los progresos extraordinarios de la ciencia habían sumergido al siglo XIX en una especie de embriaguez de la razón. Todo parecía someterse servilmente al dominio del intelecto. Cada día, casi cada hora, se anunciaban nuevas victorias del espíritu: elementos rebeldes del espacio y del tiempo terrestres eran domesticados, alturas y profundidades revelaban sus secretos a la curiosidad sistemática de la acechante

mirada humana, en todas partes la anarquía daba paso a la organización, el caos a la voluntad del espíritu calculador. ¿Acaso la razón terrenal no era capaz de dominar los instintos anárquicos que corren por nuestras venas, de disciplinar a la chusma desenfrenada de nuestros instintos, de aleccionar a la masa indócil de las pasiones? El trabajo principal a este respecto está realizado desde hace ya mucho tiempo, se decía, y lo que se enciende de tiempo en tiempo en la sangre del hombre moderno, del hombre *culto*, no son más que los últimos y pálidos relámpagos de una tormenta que ya ha pasado, las últimas convulsiones de la bestialidad agonizante. Es necesario tener paciencia todavía, unos años más, algunas décadas, y el género humano, que ha hecho una ascensión tan magnífica desde el canibalismo hasta la humanidad y el sentido social, purificará y consumirá en sus llamas éticas a estas últimas y miserables escorias: inútil será mencionar siquiera su existencia. Sobre todo, no atraigamos la atención de los hombres hacia las cosas sensuales, y las olvidarán. No excitemos con discursos a esa bestia humana antediluviana, aprisionada detrás de los barrotes de hierro de la moral, no la alimentemos con preguntas, y se domesticará. Pasar de prisa, dar la espalda a todo lo desagradable, hacer siempre *como si* no se viera nada; tal es, en suma, el código del siglo XIX.

Para esta campaña contra la sinceridad, el Estado arma a todos los poderes que dependen de él. Todos ellos —ciencia, arte, familia, iglesia, universidad— reciben las mismas instrucciones de guerra: eludir toda explicación, no atacar al adversario, sino evitar-